

LA PREGUNTA DEL MILLÓN

¿Cree que la mejor solución para el edificio de Gesa es la demolición?

GASPAR SABATER

Alta repostería del trinque

SÍ El argumento de autoridad esgrimido para declarar BIC y mantener en pie el mamotreto de Gesa es que se trata del primer edificio de corte racionalista construido en Mallorca. Pero incluso siendo esto cierto, si acaso lo fuere, ésta sería una razón fabricada a posteriori de que la Comisión de Patrimonio del Consell Insular –especialista en decisiones surrealistas: ahí está la protección del fabuloso monumento del cuartel de carabineros de La Colònia– horneara el pastel que le habían preparado algunos especialistas en alta repostería del trinque. Pero no. Aunque el edificio de Gesa, que proyectó Ferragut en 1963, responde a formas geométricas simples con criterios ortogonales e incorpore nuevos materiales como el acero y el vidrio, no puede afirmarse,

como se hace en su vergonzante declaración como BIC, que «el edificio presenta una tipología y unas características lo bastante claras y significadas para su pervivencia», porque esto supone un juicio de valor perfectamente discutible.

Las razones para decidir mantener Gesa parece ser que fueron estas otras. Núñez y Navarro denunció el expolio del solar de Can Domenge –una chorizada de treinta millones de euros que está en los tribunales– y en venganza le declararon BIC el edificio que existía en el solar que había comprado, aunque luego le fuera expropiado el terreno. De ser así habrían actuado como cooperadores necesarios, la Comisión de Patrimonio con el Colegio de Arquitectos de palanganero. Y todos cuantos palmeros

que con un papanatismo digno de mayor causa se aprestaron a ver en aquel edificio las virtudes de Gropius, Van der Rhoe y García Mercadal. Pero existe una razón incuestionable, polémicas y valoraciones aparte, para eliminar de la geografía ciudadana el edificio de Gesa: nació y continúa estando perfectamente descontextualizado. Es una excrecencia en la magnífica fachada marítima de Palma. Y esto no tiene solución posible.

Ahora, sin saber muy bien qué hacer con la mole, la alcaldesa ha presentado un plan que trata de compatibilizar un uso institucional con el alquiler para oficinas y poner un restaurante mirador en la última planta. Pero estamos a meses de elecciones y la oposición aboga por la descatalogación del edificio como BIC y demolerlo. Como dicen los jesuitas, en tiempos de tribulación no hacer mudanza. No es pues hora de buscar escapes al embrollo, es hora de ejercitar el sentido común.

lo que se nos escapa, porque los espejos anulan el tacto y nublan el ojo y convierten nuestras tres miserables dimensiones en un bosque de imágenes repetidas y distorsionadas. Irreales.

Palma se mira en los espejos reflectantes de Gesa y se asombra. O yo, al menos, me asombro (de verme) y de ver a Palma desparramándose hacia el mar, que la mece y golpea, y hacia el interior profundo del asfalto y las cloacas, las callejuelas, parques y avenidas, el abanillo de los arrabales que van creciendo como si huyeran de una nube sombría y una borrasca, quizá la nuestra, hasta diluirse en un enjambre de imágenes quietas. Ya muertas. Dejen a Gesa como está y conviértanlo, si quieren, en el Palacio de Congresos que no precisamos, en un Club de Fumadores impenitentes o en la sede marmórea y deslumbrante de todas las consellerías habidas y por haber. Lo que quieran, pero no toquen sus malditos cristales.

PUPUT I ANGELOTS



Un pajarito

JOAN PLA

MÁS DE UNA vez, a lo largo de su carrera profesional, el periodista ejerce su derecho a no revelar sus fuentes de información. Más de una vez, cuando se nos pregunta que cómo hemos sabido tal o cual cosa, hemos tenido que contestar aquello que me decía mi abuela cuando yo era niño: «Me lo ha contado un pajarito». Nuestra cultura está llena de metáforas relacionadas con los pájaros para indicar locura, chifladura o simpleza mental. Es claro que, si te llama a fiscal y te pregunta que cómo has sabido y por qué has publicado que tal o cual persona, tildada de corrupta ante la opinión pública, ha robado a mansalva del erario público o de tal o cual entidad bancaria que ha logrado, a base de sobornos, convertir en absolutoria una sentencia que, a todas luces, debió ser condenatoria por la evidente estafa multimillonaria cometida contra un empresario particular, no podrás contestarle con lo de «me lo ha dicho un pajarito». Tendrás que aportar pruebas y documentos, si quieres salir bien parado del trance. A veces, nuestras fuentes no son pajarracos, sino pajarracos. Idò.

JUAN PLANAS BENNÁSAR

La ciudad y los espejos

NO Ignoro si romper un espejo –o una criminal mole de cristales tintados, en este caso– nos depararía siete años –siete más!– de bíblicas maldiciones o si, con su demolición, podríamos enterrar todo cuanto hemos ido acumulando en la vida y ya nos sobra, que no es poco, por cierto. Ambas opciones merecerían el mismo estudio parapsicológico –como mínimo– que el capricho surreal de Munar –ahora apoyado por Aina Calvo– de declararlo Bien de Interés Cultural. Sí, ya sé, la fascinación y el horror suelen ir de la mano y hasta fundirse en un abrazo. O en nada.

Con todo, mi relación –fallida– con los espejos me obliga a preservarlos por sobre cualquier otro destino. En los espejos uno se descubre como si fuera otro, sin serlo.

Nadie lo es, pero aceptarlo nos destruiría. Por eso escrutamos, ávidos y torpes, su fría superficie ingrátida y su espectral interior de aire o luz, de sueños o deseos. ¿Qué o quién no habitaría en los espejos, si ya no pudiera morar en otra parte sino en su exilio físico o su ilusión óptica?

Así, en ellos, hasta creemos reconocernos, pero no siempre. Entre la imagen y su reflejo –ese dual artificio– media un espacio inhabitable, un lugar tan indecible como el enigma que decimos ser, porque lo sentimos propio y, además, lo reencontramos en ese otro que nos mira igual que le miramos, con la misma curiosidad y conciencia expectantes de compartir, al fin, algún misterio común en ese viejo cruce de miradas: miedo, deseo o impotencia ante

TRIBUNA / RAFAEL GIL MENDOZA

Conversaciones cerca de la catedral

EL DOMINGO, día 26 de diciembre, llegaron al puerto de Palma tres grandes cruceros. Los viajeros tuvieron suerte. Hizo un día brillante y los comercios chinos estaban abiertos. Allí pudieron comprar recuerdos de Mallorca que, a fin de cuentas, están fabricados en Hong Kong. Si hubieran llegado el lunes 27 hubieran encontrado el mismo panorama: la ciudad estaba cerrada y sólo los chinos mantenían sus puertas abiertas, fieles a su devoción por el trabajo.

En una de esas largas y familiares tardes navideñas se hablaba de Mallorca, de su futuro, de su situación, de sus posibilidades. En general abundaban las opiniones pesimistas que oscilaban entre el parón inmobiliario, el problema de la inmigración descontrolada, la inseguridad y la competencia de destinos más baratos en el Mediterráneo. Todos eran más jóvenes que

yo y por lo tanto desconocían la Mallorca de los años cuarenta y cincuenta. Una Mallorca aislada, con una agricultura prácticamente de subsistencia, de emigración hacia América y Francia y encerrada en su propio pasado de provincialidad mediocridad.

Y esto fue así hasta que a principios de los años sesenta llegó el turismo. Al principio moderadamente y más tarde desbordante. El dinero empezó a correr para lo bueno y para lo malo. Los hoteles se multiplicaban en construcciones baratas y de aluvión que surgían invadiendo primeras líneas del litoral, destruyendo paradisíacas playas y caletas. Nos hicimos ricos pero pagamos un alto precio por ello. Luego llegó la construcción, también descontrolada y desbordante, y pocos pensaron en el pasado ni en la necesidad de poner orden a aquel crecimiento imparable entre

la especulación y la corrupción. Dinero fácil, codicia y lujos ostentosos presidían los ideales de cierta sociedad. Y de repente llegó el invierno. Un invierno duro y de inmediato impacto que ha puesto fin al crecimiento, ha dejado en el paro a mucha gente, ha hecho crónica la inmigración con escasas posibilidades de trabajo en la legalidad, ha paralizado el comercio e instalado el pesimismo general. Parece como si la propia vida tratara de poner orden cuando los humanos no sabemos o no queremos y nos enloquecemos entre el materialismo y la codicia. Y lo hace de forma brusca, injusta para los más débiles y absolutamente salvaje e indiscriminada. Para todos, de forma directa o indirecta.

Se coincidió en que nuestra esperanza era el turismo, como lo fue en aquellos años sesenta. Habíamos hecho muchas cosas mal,

unas rectificables y otras no, lo hecho, hecho está y no hay que buscar culpables, porque todos de alguna forma lo hemos sido, sino mirar al futuro y ponerse a trabajar. Hay que verlo en positivo: hemos adquirido una gran experiencia, contamos con unas infraestructuras mayoritariamente de calidad y somos parte de Europa, en lo cultural, en lo urbanístico, en los servicios y en lo sanitario. Algo que no se debe olvidar: contamos con una atención medico-sanitaria de primera. Dos hospitales públicos de referencia en Palma, luego está Muro e Inca, tres clínicas privadas también de prestigio. Nuestros turistas, de todas las edades y con frecuentes problemas de salud, también tienen en cuenta este aspecto que no les puede ofrecer ninguna de nuestras competencias mediterráneas, desde Dubrovnik a Marruecos, pasando por Estambul,

Túnez, Egipto, etc. Visitando algunos de estos países me ha asustado la perspectiva de tener que acudir a un hospital. Y supongo que este temor lo deben haber sentido muchos otros.

Pero Baleares, y Mallorca en particular, debe ser en turismo la mejor oferta en calidad precio, en seguridad ciudadana, en limpieza y cuidado de la ciudad, en amabilidad y servicios. La ciudad no puede ni debe ser cerrada, inhóspita, cultural e idiomáticamente agresiva e insegura, sucia, entre restos botelleros y puertas, comercios y fachadas pintarrajeados por salvajes. Se ha de acabar con esta lacra.

Eran gente joven. Algunos estudian y trabajan fuera. Cuentan que es absurdo mirarse el ombligo y permitir que la imposición idiomática se convierta en *casus belli* de una sociedad cerrada, chata e ignorante. Que por ahí fuera se habla de otras cosas, en cualquier idioma, en especial en inglés. Se habló de muchas otras cosas. Pero ya les contaré otro día.

Rafael Gil es notario.